miserables y esclavos, mi existencia se determina por su ignorancia, por su miseria, por su esclavitud. Yo, hombre iluminado e inteligente, por ejemplo, soy estúpido a causa de su estupidez; valeroso, soy esclavo por su esclavitud; rico, temo a su miseria y tiemblo ante ella; privilegiado, palidezco ante su justicia. Yo que quiero ser libre, no puedo serlo porque a mi alrededor todos los hombres no quieren ser libres a su vez, y no queriéndolo, se transforman para mí en instrumentos de opresión».

La solidaridad es, pues, la condición en la cual el hombre encuentra el mayor grado de seguridad y bienestar; y por eso el mismo egoismo, es decir, la consideración exclusiva del propio interés, empuja al hombre a la solidaridad, o mejor dicho, egoísmo y altruismo, *consideración de los intereses de los demás*, se confunden en un solo sentimiento, como se confunden en uno el interés individual y el interés social.

Pero el hombre no podía de un golpe pasar de la animalidad a la humanidad, de la lucha brutal entre hombre y hombre a la lucha solidaria de todos los hombres contra la naturaleza exterior. Guiado por las ventajas que presenta la asociación y consiguiente distribución de trabajos, el hombre evolucionaba hacia la solidaridad; mas esta evolución encontró un obstáculo que la desvió y la desvía hoy de su finalidad; el hombre, cuando menos hasta cierto punto y por las necesidades materiales y primitivas, que eran las que entonces sólo sentía, descubrió que podía realizar las ventajas de la cooperación sometiendo a los otros hombres en lugar de asociarles; y como todavía eran potentes en él los instintos feroces y antisociales heredados de la bestia madre, obligó a los más débiles a trabajar para él, prefiriendo la dominación a la asociación.

Tal vez en la mayoría de los casos, por la explotación de los vencidos, empezó el hombre a comprender los beneficios de la asociación, la utilidad que podía recabar de la ayuda del hombre.

Así, pues, la presencia de la utilidad de la cooperación, que debía llevar al triunfo de la solidaridad en todas las relaciones humanas, nos ha conducido por el contrario a la propiedad individual y al gobierno, esto es, a la explotación del trabajo de todos en provecho de unos cuantos privilegiados.

E. MALATESTA

ALREDEDOR DEL GRAN CRIMEN

Sigue tronando el cañón, convirtiendo en escombros la actividad de inmensas generaciones; los ayes lastimeros de los heridos, el estertor del moribundo no conmueve a la bestia humana, que se excita más y más en su rabiosa sed de sangre. Siguen los ejércitos avanzando, compuestos de hombres sin patria, sin pan; avanzan hambientos a la voz de sus jefes, dejando tras sí la destrucción, el robo, la violación y el fusilamiento. ¡Oh, humanidad ciega! ¡Oh, siglo llamado de la luz! Jamás se registra en la historia una catástrofe como la que actualmente envuelve a la humanidad.

El refinamiento con que se destruye lo creado; los grandes inventos convertidos en aparatos destructores de la humana especie y de todo lo creado por esta; se mata por el aire, por el mar y por la tierra. No se respeta nada; no se mira a ningún lado, más que al aniquilamiento del enemigo combatiente. Recordando a un buen filósofo, se me ha venido a la mente transcribir este pensamiento suyo:

«Si los gatos de un gran país se reuniesen en una gran llanura y después de maullar con rabia se lanzasen a la pelea haciendo uso de uñas y dientes, y de resulta de esta pelea hubiese diez mil o cien mil gatos muertos, infestando el aire a diez leguas a la redonda; si los lobos hicieran otro tanto, ¡qué aullidos!... ¡Qué carnicería!... ¡Qué horror!...

Si por añadidura dijeran unos y otros que amaban la gloria y la paz, diríamos que les parecería glorioso aniquilar su propia especie. Y seguramente diríamos: he ahí una de las concepciones más abominables que la imaginación pudo concebir. Y, como resultado, nos reiríamos compasivamente de esas pobres bestias». Esto les ocurre a los bobos humanos en esta etapa. Fiel a sus intereses, todos quieren pillar la presa. Inglaterra, Alemania, Francia, Rusia, etcétera, etc., todas piden y quieren el aniquilamiento de sus enemigas respectivas. Todos los partidos, desde el más radical, al más retrógrado, todos consagran la destrucción y la barbarie. Todas las religiones piden a sus dioses que sus patrias alcancen la gloria del triunfo.

Tan sola una idea, tan sola una idea, repito, fiel a sus principios fundamentales de humanidad, justicia y amor, inspirados en ella hombres de elevados sentimientos, siguen combatiendo desde sus tribunas periodísticas y al frente del pueblo, el nefando crimen que en nombre de la civilización contemporánea envuelve a Europa en torbellino de bajas pasiones. ¿Qué importa que grandes maestros del ideal ácrata se hallen detenidos a escuchar el bum... bum... de los cañones?

Este ideal sigue triunfando en el pueblo; éste va conociendo su hermosura; cada día hay más soñadores de la bella acracia. El pueblo llama a las puertas del jardín delicioso de la tierra libre, y como asustado del estado social que tras de sí se deja, llama a las puertas de la justicia con fuertes aldabonazos, y con paso firme se apresura a tomar asiento en el banquete común a todos, libertados de toda guerra, de toda tiranía, de toda injusticia. Contempla el delicioso panorama de la primera aurora de la anarquía.

JOSE RINCON DORADO

NOTAS AL MARGEN

¡Ahí queda eso!

La *Federación Femenina contra la Tuberculosis*, ha estirado la pata sin haber podido cumplir la misión para que fué creada; no nos sorprende semejante nueva; era ya una cosa profetizada por nosotros, que la Federación Antituberculosa moriría de tuberculosis; todos los patronatos, juntas benéficas y fundaciones protectoras de esto o de lo otro están condenadas a morir como esa *Federación*, que pretendía anular o atajar la crisis como *efecto*, sin intentar inquirir la *causa*.

No vamos, pues, nosotros, que pertenecemos a la clase más castigada por el terrible mal, a llorar a moco tendido por la desaparición de esa entidad pseudohumanitaria; con ella o sin ella subsistirán las causas generadoras del *azote de la humanidad* y de otros azotes que nos van despellejando poco a poco; y para morir de inanición, de hambre, de la tisis, de la viruela o de cualquiera de las plagas que acampan continuamente en los barrios obreros, no hacen falta patronatos ni federaciones que so pretexto de socorrer al desvalido, sirven para que la *buena sociedad* se de pisto en las fiestas y zarabandas profanas y religiosas, organizadas por la vanidad y la hipocresía.

Si hemos de ser sinceros, nos alegramos de que esas señoras enemigas de la tisis se retiren a sus hogares; quedan todavía, por desgracia, gentes sencillas e ignorantes, que aceptan sin rubor la limosna de los poderosos; hay quien cree aún en la eficacia del socorro burgués como remedio a los males de los pobres; y es por estas gentes sencillas y estos creyentes en la protección burguesa, que vemos con placer la desaparición de la liga antituberculosa, de esa liga que a sabiendas de que su actuación era ineficaz, se iba captando la adhesión incondicional de los pocos bobalicones a quienes alcanzaban los beneficios de un exiguo y denigrante socorro.

Muerto el perro, se acabó la rabia; muertas socialmente las protectoras de los tuberculosos pobres, no tendrán éstos que someterse a los caprichos de las caritativas damas, ni servirán más de pretexto para la celebración de fiestas mundanas; esa hoy difunta *Federación* la integraban mujeres, hijas y tal vez queridas de los aliados de la tisis; propietarios, banqueros, fabricantes, capitalistas, en fin, que, con su avaricia unos, con sus vicios otros y con su desprecio a los humildes todos, son los mejores auxiliares del terrible microbio; y esto, que ya lo sabe todo el mundo, lo ignoraban al parecer esas filantrópicas señoras que se lanzaron a la calle intentando combatir un *efecto*, sin advertir que la *causa* radicaba en sus propias casas y hasta en sus mismas alcobas.

Tales son los comentarios que nos ha sugerido un *¡ahí va eso!*, que en forma de carta ha publicado doña Leonor Canalejas de Farga en un periódico local. La misiva va dirigida a los niños que, como es natural, no han de entenderla, y así lo comprende doña Leonor cuando dice que *parte de mis razones no podrá llegar ahora con claridad a vuestras infantiles inteligencias.*

¡Qué han de llegar, señora, qué han de llegar! Nosotros somos ya creciditos y que nos emplumen si entendemos lo que nos cuenta de «llegar a la salvación de la patria por la regeneración de las razas», que es lo que usted se proponía con su archibenéfica Federación. Sin que tengamos nada de patriotas, vemos algo difícil eso de salvar a la patria con tres pesetas y lo de regenerar a la raza con inyecciones caritativo-sentimentales. No, señora; las patrias de las que usted es partidaria, y las razas no se salvan y regeneran con limosnas; un mendigo será siempre un mendigo si no se dedica a algo más práctico que a mendigar; y una raza no saldrá nunca del raquitismo y la depauperación, si fía su salvación a la bondad de los poderosos.

Pero doña Leonor Canalejas de Fárga, dice algo más en su carta, que está al alcance de todas las inteligencias. Véanse algunas muestras:

«Si mi trabajo hubiera tenido el apoyo que yo esperaba», y «me ha faltado el auxilio de quienes más debieron ayudarme en esta obra. La tarea era ya pesada para una sola mujer, y parte de las que parecían ayudarme clavaban la carga sobre mis hombros.»

«Muy pocas han sido las que sinceramente han puesto su noble corazón y firme voluntad a nuestro servicio.»

Esto ya está más claro que aquello de la salvación de la patria y la regeneración de la raza. Doña Leonor viene a decirnos que a sus compañeras de Federación las importaban tres pepinos los pobres tuberculosos o viceversa; que a esas damas cuyos nombres aparecen de continuo en los *Ecos de Sociedad*, les repugna el contacto con la miseria y el trato con los desvalidos, y que, al meterse en camisas filantrópicas, lo hacen por el sólo afán de exhibirse y de que los revisteros de salones las adulen, atribuyéndolas virtudes que no tuvieron nunca. ¡Vanidad, doña Leonor; nada más que vanidad y mala intención! Ha hecho usted bien en separarse de tales compañías y en gritar: ¡Ahí queda eso! Es decir, ahí quedan los niños tísicos que yo me proponía curar; mis auxiliares han salido ranas y mis fuerzas no bastan para obra tan colosal.

¡Ahí queda eso! Sí, señora; aquí quedan los tuberculosos y los aspirantes a serlo, que, los unos por ser demasiado niños, no saben todavía la ironía que encierra la protección burguesa; y los otros, que son ya hombres, perdieron hace tiempo la confianza en Patronatos y Federaciones que haciendo alarde de una piedad y una conmiseración que no sienten, pretenden curar con una mano el mal que causaron con la otra.

JUANONUS

¡Atención, proletarios!

En *El Pueblo*, de Valencia, del 5 del corriente, leemos lo siguiente:

«ATROPELLO INTOLERABLE

La tiranía de un carcelero

Con el obrero Juan Rodríguez Rodríguez, se viene cometiendo un atropello intolerable de todo punto.

Ayer a las nueve de la mañana salió Rodríguez del Penal de San Miguel de los Reyes, después de cumplir una condena de seis años y pico por un delito de huelga.

El director de dicho Penal, Landrón, en vez de ordenar que se le abonaran a Juan Rodríguez las 75 pesetas que dispone la ley, entregó dicha cantidad a un agente de policía, y éste dijo a Rodríguez que él mismo le sacaría el billete para Coruña, prohibiéndole que permaneciese en Valencia, y especialmente que visitara centro obrero alguno.

De manera que a los asesinos, cuando terminan su condena, se les entregan las 75 pesetas reglamentarias, sin que nadie les obligue a dirigirse a punto determinado; pero, por lo visto, uno que fué condenado por un mal llamado delito de huelga, esto es, por defender el pan de sus compañeros, es de peor condición y se le persigue sañudamente, con un rigor que no se emplea para los criminales.

Es irritante que Landrón, impunemente, quiera sacar del presidio el régimen de terror y tiranía que ejerce con los desdichados que gimen bajo su látigo, para imponerlo en nuestra sociedad.

Esto no debe, ni puede tolerarse; todos los elementos progresivos de Valencia deben alzarse contra tan inaudito proceder, exigiendo que la policía no sustituya a los cabos de vara, a las órdenes del déspota Landrón.

Si éste se ha hecho acreedor a nuestra más enérgica protesta, alcanza igualmente al Gobernador y a la policía, porque sin respetar los principios constitucionales, se atropella bárbaramente a un ciudadano, obligándole a que marche de Valencia, como si nuestra ciudad fuera una tribu marroquí.

Si el Gobernador y la policía creen que aquí se puede obrar como lo hace Landrón en el presidio, están muy equivocados. No estamos dispuestos a tolerarlo.»

***

Ha sido preciso que el régimen despótico y tiránico del cancerbero Landrón transciende a la calle, para que la prensa de Valencia se ocupe del poder omnímodo de ese odioso carcelero.

¿Qué pasa en la ergástula valenciana, para que, al ser liberado un penado que piensa, que puede alborotar el cotarro, se le conduzca al tren, se le secuestre, se le incomunique con el pueblo valenciano, con las agrupaciones pensadoras, con los hombres exentos del látigo de Landrón y sus secuaces?

¿Qué pasa? Prestad atención y sin lirismos, ni frases retumbantes, diremos un poco de aquello que hemos sido testigos presenciales, de lo que, aún viendo y sintiendo los ayes de las víctimas, parece que lo que vamos a relatar es una alucinación producto del morbosismo que se aspira en esos antros del tormento, abandonados por altos y bajos y sin que la prensa se ocupe por no creer que, en la progresiva Valencia exista un cementerio de hombres vivientes, un recinto donde el poder judicial no pueda penetrar para asesorarse y aquilatar de lo que acontece, en aquel odioso penal.

¿Parecerá grave este axioma de que el poder judicial tropiece con un castillo marfileo, puebrándose las togas ante sus graníticos muros?

Los hechos que relatamos, testigos presenciales de ellos, nos dirán los resultados de esa confianza ciega, de esa caballerosidad que todos adjudican al mencionado Landrón, cuando al amparo de esas aureolas el penal de Valencia es el tristemente célebre Huerto del Francés.

Prestad, prestad atención, valencianos y España entera, y sabed que con menos motivos el pueblo parisién pulverizó la Bastilla, que dudo que se igualara al penal que bajo la férula del Landrón se halla.

Y.... vamos a lo que en veintiocho meses vimos. El trece de febrero del año 1907, ingresé en el penal de Valencia, feudo inquisitorial de Landrón. Acto seguido se me amarró en blanca en la celda número 8 teniendo por cama las baldosas de la celda. Allí, en aquel Huerto del Francés, he estado veintiocho meses, sin que haya visto ni tenido otra compañía, que los guardianes y cabos de vara, y los gritos y ayes de los que periódicamente caían bajo las estacas de aquella horda de salvajes, de aquellos malhadados cabos de vara que sin entrañas, contando con la impunidad que Landrón les prometía, asesinaban al indefenso penado. ¿Se puede creer que Valencia tenga Audiencia territorial, y que en ese lapso de tiempo no haya visto a nadie de ese tribunal? Y como a nadie vimos, (1) a nadie denunciamos lo que presenciamos.

Llevando unos días en libertad, y leyendo lo que *El Pueblo* publica sobre el caso del camarada Rodríguez, a la opinión pública le diremos lo que vimos.

En aquél recinto odiado, hemos presenciado la conducción de cadáveres que sigilosamente eran sacados de las celdas: allí moribundos, extenuados, hemos visto llevar en hombros a reclusos, camino de la enfermería, para de allí ser conducidos al cementerio.

La casualidad me deparó un compañero de celda, que ha estado años enteros en aquel departamento, y preguntando por el nombre de los que a hombros vi llevar me dijo: «Aquí han matado a muchos, a muchísimos penados; pero concretando a los que tú has visto conducir en hombros por las galerías pregunta qué celdas habitaban, o las fechas, que palos sentiste propinar, y yo te diré los nombres, para que el día que obtengas la libertad, sepa España entera lo que es San Miguel de los Reyes».

Por aquél penado, Domingo Surribes (luego comprobé que todo era cierto) supe que de allí salieron para ir al cementerio, Antonio Mesa Campaña, Luis Más, Modesto Pelayo, (éste falleció amarrado en blanca en el número 18, muerto a palos por los cabos de vara), Antonio Buxeda (cuando salí de aquél penal quedaba moribundo), Francisco Trabazos, Cesáreo Ibáñez, Manuel Casanovas e incontables víctimas que esperaban ser conducidas al cementerio.

¿Cuántas palizas habré presenciado en aquellos veintiocho meses de tormento? ¿Cuántos ayes, cuántos gritos no sentiría en aquel recinto de celdas? Varias veces tuve síntomas de enagenación mental: algunas, al pie de la sepultura; otras con la calentura y las imágenes del crimen, creía que no era Valencia donde me tenían, y que narcotizado me habían llevado a la Siberia.

Al fin respiré: por fin volvía a respirar el aire libre, y aunque a otro penal iba, salía del Huerto del Francés: la amnistía del año 1909, quitándome ocho años, y no correspondiendo a aquella prisión la condena que me quedaba, fui trasladado al penal de Chinchilla.

Al azotarme el rostro el aire de las calles de Valencia, camino de la estación, volvía la cabeza atrás creyendo que soñaba, que todavía me hallaba en aquel departamento celular, antro del asesinato y la barbarie.

Y ahora, si el poder judicial se halla dispuesto a finalizar el régimen del terror, el aniquilamiento de penados, de aquellos que Landrón sentencia a muerte, erigiéndose en Juez, Carcelero y Verdugo, si ese poder que allí se halla opalizado, aherrojado, quiere el imperio de la justicia, venga, venga en buena hora, que aún facilitaremos más datos, muchos más que he adquirido en el penal de Chinchilla, por dos penados que transferidos fueron de Valencia.

Dudo que la omnipotencia de Landrón se ponga en entredicho, pues para eso repite a voz llena que cuenta con miles de pesetas para acallar las voces de la prensa.

No obstante, ahí queda consignado que en Valencia estuve 28 meses secuestrado e incomunicado: que del tren pasé a una celda sin cama y amarrado en blanca; que allí, en aquel penal y departamento del Huerto del Francés, había penados que llevaban tres y más años en celda; que la privación de comer otro alimento que la bazofia que la casa nos daba, acarreaba la tuberculosis o la extenuación, falleciendo de hambre o volviéndose locos por la soledad y el silencio absoluto que allí impera. Y, conocido esto, ¿subsistirá ese régimen de vilipendio, de inculcación del derecho, del perenne vapuleo, de la muerte lenta, o del hierro que allí en aquel recinto maldito impera? ¿Habrán algo esa prensa valenciana, las sociedades obreras (que por motivos menos fútiles se agitan), esas agrupaciones, todos aquellos que ante todo sean humanos?

En esta casa, nos tienen dispuestos para todo aquello que redunde en beneficio de la justicia y equidad, aplastada por las patazas de los sayones, que de un centro de corrupción hacen un cementerio de vivientes.

CÉSAR FLORES

(1) Sólo me visitó el miserable de Memento fingiéndose periodista, con la anuencia del Landrón, a ver si caía en las redes que se me tendían, bajo la promesa de libertad. Conociendo al mencionado Memento, se les frustró sus maquiavélicos planes. Pedí cursar un escrito a la Audiencia y se me amenazó, si insistía, con la muerte.

James Guillaume

La prensa diaria, nos aporta la noticia de la muerte del viejo camarada, militante que fué de la Internacional.

Con James Guillaume puede decirse que desaparece la pléyade de hombres pensadores y revolucionarios que dieron vida a aquella famosa asociación, que si un día los estados constituídos la declararon fuera de la ley, ella los declaró a ellos fuera de la razón.

Jaumes Guillaume perteneció a la sección del Jura, cantón del mismos nombre (Suiza), sección que al surgir las disidencias entre los partidarios de las teorías marxistas y bakouninistas, ésta se declaró, con las secciones españolas y algunas del resto de Europa, por las últimas, o sea enemigos de todos los Estados, sin distinción alguna.

Limitándonos a la personalidad de James Guillaume y a su obra completamente desconocida en España y no mucho en Francia, aunque algo más en Suiza, lo que más se destaca de ella es su Historia de la Internacional, compuesta de cinco tomos, con otros varios trabajos, algunos interesantes, sobre la revolución francesa, aparte los innumerables trabajos periodísticos. Pero lo que más puede agradecer el mundo intelectual a James Guillaume, es la recopilación que hizo de los escritos de Bakounine. Gracias a Guillaume, son hoy conocidos en Europa los escritos del revolucionario ruso. Sin él, es muy fácil que muchos de los trabajos de aquel coloso del pensamiento, hubieran completamente desaparecido.

Por lo demás, sus ideas durante estos últimos años habían variado bastante.

Antes de declararse la actual guerra, vivía casi apartado del movimiento obrero, aunque sí en relación con los teóricos del mismo.

Combatió a los socialistas que pretendían hacer de los sindicatos oficinas electorales; y también a los anarquistas, considerándolos demasiado radicales. Fué de los que sostuvieron que el sindicalismo se basta a sí mismo (?) para emancipar a la clase trabajadora.

Manifestóse partidario de un partido de intelectuales, para con su consejo orientar a la clase trabajadora. Algo así como un gobierno de hombres de ciencia, que según nosotros, llegaría a ser tan tirano y tan odioso como los que hoy sufrimos.

En pugna con las ideas de la Internacional, declaróse en la guerra actual partidario de Francia, aunque otra cosa se diga. Por conducto suyo recibió Lorenzo la famosa carta de Kropotkine, publicada en estas mismas columnas, aconsejando a las mujeres y a los niños empujaran los morteros del 50 para aplastar al militarismo alemán. Su colaboración en la *Batalla Sindicalista*, de París, atestiguan lo que aquí decimos. En este mismo periódico apareció un artículo firmado por él, a raíz de la muerte de Lorenzo, en el que de una manera despectiva y sarcástica, le trataba de anarquista de los viejos tiempos, sin una visión clara del presente y desconocedor de los beneficios que a la libertad reportaría el triunfo de los aliados. Y si la memoria no nos es infiel, el último manifiesto de los anarquistas y sindicalistas pro aliados, conocido con el nombre de «Los 16», al lado de la firma de Kropotkine y Malato, figuraba la de James Guillaume. (Germinal).

Sin tiempo material para hacer una biografía de James Guillaume, damos a la publicidad estos datos, que creemos sean suficientes, demostrativos de su personalidad y del papel que desempeñó, tanto en los tiempos de la Internacional como en el conflicto que desola al viejo mundo.

En el fango

Para el compañero Rico. Fraternalmente.

Una noche, en Barcelona, con unos amigos, con unos camaradas, visité los bajos fondos sociales, los prostíbulos, esas bajas, sucias, horrendas, trágicas mansiones del dolor, de la tristeza, de la prostitución, de la desgracia...

Aun perdura en mi imaginación el recuerdo horrible de esta visita. Cual visión inacabable de tortura, veo los antros del vicio, aquellas mujeres flacas, increíblemente flacas; aquellos hombres con gestos faunescos, lujuriosos; todo aquel conjunto macabro de miseria moral, de degeneración, de enfermedades, frutos óptimos del actual orden de cosas, frutos vergonzosos, antinaturales, que hacen nacer en nuestro pecho el odio, un odio terrible a las causas principales del mal.

Odiemos mucho, camaradas. Es porque amamos a la humanidad, que hemos de odiar.

Yo hubiera deseado que todos los que piensan alto, que todos los que sienten hondo, que todos los que sufren con los dolores de los demás, que todos los que luchan por un porvenir más libre y sobre todo más humano que el presente, me hubiesen acompañado en esta visita al fango. Y que entonces hubiera nacido en su pecho un ansia inmensa de luchar, de morir en la lucha, si preciso fuera, yo lo afirmo. Es mucho el dolor que hay en esos prostíbulos; es mucho el vicio. Hay desgraciados, hay flores tronchadas, hay carnes doloridas, hay heridas que sangran, hay llagas, hay hedores insoportables, hay todo un mundo podrido que estando vivo, muere...

Y cuando se observa esto, cuando nuestros nervios sufren una sacudida brutal, en presencia de tanto dolor; cuando nuestro rostro arde, como si una bofetada hiriente sufriera; cuando la sensibilidad sufre, tal que al crujido restallante de un látigo en la carne, nace, en el corazón y en el cerebro y en todo el ser, un deseo ferviente de multiplicarse en la lucha, de desdoblar la personalidad y expandiría en la propaganda por un ideal de redención, para que termine tanto sufrimiento, tanta miseria, amargura tanta.

Es preciso mojar nuestra pluma en las lágrimas y en la sangre de todas las víctimas, para poder llevar a los que lean algo de aquel dolor, y que se sientan heridos.

En tanto haya en el mundo alguien que sufra, nadie tiene derecho a ser feliz. La felicidad conquistada con el dolor de los demás es execrable. Mientras haya mujeres que se vean forzadas a vender su cuerpo para alimentarse, nadie puede ostentar con orgullo su honradez.

Todos, todos ante la Humanidad somos culpables. ¡Y es tan sencillo, tan poético y tan augusto que todo eso termine.

Ved el prostíbulo. Entremos.

Un portal dedicado a la venta de bebidas alcohólicas. Lujo, mucha luz, hombres que apuran copas, palabras obscenas, chistes que dan asco... Miseria moral.

Más adentro, un salón amplio. Allá, en un rincón, un piano. Un hombre le arranca notas canallas. Algunas parejas bailan chulesca, vergonzosamente. Por todas partes mujeres semidesnudas, pintadas, pálidas, tristes; algunas ríen, pero se dijera que lloran; otras cantan, y al modular el canto hay en sus ojos una mirada vaga, llena de recuerdos, de nostalgias, de *saudades*. Y cuando terminan se quedan tristes, muy tristes, añorando, acaso, su niñez.

En un lado del salón, una escalera estrecha, empinada hacia abajo. Bajemos. Es un subterráneo. Y en él lo más horroroso, lo más horriblemente trágico de la ciudad. Unos corredores estrechos, mal olientes que dan náuseas. A los lados puertas pequeñas, obscuras, sucias. Dan acceso otras puertas, a unas habitaciones increíblemente pequeñas. Apenas pueden dar cabida a dos personas y casi todas ocupan doce o catorce. Es el antro, es lo más bajo del prostíbulo. Las mujeres desnudas, los hombres borrachos, jóvenes de ambos sexos, con caras pálidas, pretubérculos, con gestos idiotas, con ojos de locura. Y todos amontonados, hacinados, como un montón informe de fango, en aquellas habitaciones estrechas, sucias, respirando enfermedades; era aquello como una visión horrible, inverosímil, que se forjara una imaginación calenturienta; era el triunfo de las pasiones sádicas, era el apogeo de los goces masoquistas. Era, en realidad, el mentís más grande a la civilización actual.

Salimos. Yo me encontraba mal. La impresión recibida, tan cruda, tan dolorosa, me hacía sufrir. Había en mi cuerpo algo así como si me hubiesen apaleado.

Mis nervios, que allí crujieron, fuera, después, bajo la sensación del dolor, parecía que se habían roto.

Y pensé fuego, con amor, en todas aquellas criaturas; con odio, con los que hasta allí las empujaron; con rencor, en los que las envilecieron; con asco en los que van a saciar en ellas apetitos carnales.

Es el mismo origen de la explotación de los trabajadores; es el origen de la injusticia que se estableció en el mundo el mismo día que se estableció el derecho de propiedad.

He ahí la razón de todo mal. En tanto un hombre pueda decir, *esto es mío*, habrá sobre la tierra crímenes, habrá injusticias, el obrero será explotado, la mujer envilecida; perdurará el mal.

Seguirán las pobres flores deshojadas vendiendo su cuerpo, primero en grande escala, luego irán descendiendo hasta llegar a estos antros horribles, donde la vida es triste, donde la vida no es vida, y saldrá de allí, *por gozar el amor*, una generación podrida, pasiones malsanas, pasiones perversas, todo eso que es mal, que es fango.

Es preciso acabar con todo lo establecido.

Camaradas: Sembremos por doquier rebeldías. Digamos altivos la verdad. Busquemos esa verdad. Impongámosla. Vayamos, a las veces, al fango; cojamos con nuestras manos puñados de él y arrojémoslo al rostro de los culpables. Y si nuestra vida es precisa para que cese el mal, ofrendémosla en holocausto al triunfo del bien.

¡Vamos?, Vamos, sí. Por amor a nuestros hijos. Que no puedan ellos un día, con otros amigos, con otros camaradas, visitar en parte alguna un prostíbulo como ese que yo, una noche, visité en Barcelona,

DIONYSIOS

TRABAJADORES: Leed y propagad **SOLIDARIDAD OBRERA**, *único periódico sindicalista que se publica diariamente, para la defensa de los trabajadores.*

CRONICA

EL LOCO

Con tenaz constancia, trabajaba incesantemente en la construcción de su aparato volador, Juan Exposito, a quien esa monstruosa serpiente de millones de cilíndricas cabezas, denominada vulgo, calificaba de loco. Siempre le habían adjudicado este epíteto, pero desde el momento que se propuso la disparatada idea de construir, por sí solo, un globo, para elevarse a las alturas, ya nadie dudaba de que su demencia era una triste realidad.

El cerebro humano, siempre en incesante lucha, hace que la materia siga, aunque lentamente, por el sendero que el pensamiento le traza; así vemos como lo mismo conduce al hombre a las encumbradas regiones ideológicas a que aspiramos los amantes de la más bella concepción filosófica, como le arrastra a hundirse en la cenagosa sima prostibularia y alcohólica, donde se convierte en indecente piltrafa.

Teniendo en cuenta estas evoluciones del cerebro, no debe sorprendernos, como a sus *expertos* conciudadanos, el que nuestro protagonista acometiera tamaña empresa.

¡Pobre Juan!... ¡Con qué saña se burlaban de él!... ¡Qué ironía más cruel empleaban sus *admiradores* para mofarse de su obra!... Sin tener en cuenta que su esporádica perturbación a nadie más que a él podía perjudicar en caso de que fracasara, y en cambio, si triunfaba, a todos reportaría grandes beneficios, pues enseñábales el medio de poder remontarse al espacio y escalar las capas atmosféricas para respirar oxígeno puro y también para utilizar aquel armatoste en el transporte de exportación e importación de los productos necesarios a la vida material y psíquica, le hacían blanco de todas las chufletas.

Despreciando con altivez burlas y advertencias obstaculizadoras a la realización de su proyecto, continuaba el *loco*, sin arredrarse ante nada, trabajando sin tregua y con férrea voluntad y observando con oculto regocijo los progresos de su obra.

***

Todas las miradas de los habitantes de la ciudad están fijas en un inmenso pajarraco que revolotea por encima de sus cabezas.

Ante la general admiración, el gigantesco animalucho mecánico cóntinúa dando vueltas y mas vueltas por encima de la retrógada muchedumbre que, preñada de estupefacción, exclama:

—¡Es el loco!

Sí, era el loco; el loco que, habiendo concluído su aparato, se había elevado por encima de todos los que se burlaban y reían de él. Sentíase gozoso de su triunfo, de poder contemplar a los que tanto le habían ofendido en ínfima pequeñez y de haberse podido remontar a donde no llegaba el lodo que concenegaba a los que pululaban por la ciudad.

Desde su aéreo observatorio veía aquella especie de charca que contenía todas las inmundicias que los hombres *cuerdos* habían ido arrojando a ella, y que ahora amenazaban envenenarles los gases asfixiantes producidos por la putrefacción de los mismas allí acumulados.

También veía los grandes montones de oro amasado con la miseria general y defendido por la ignorancia que unos cuantos castradores de voluntades, se encargaban de fecundizar; bajo sus pies tenía los rebaños de jóvenes inconscientes que, impulsados por la refinada crueldad de sus mandatarios, marchaban ciegamente a despedazarse y asesinarse con otros, que obedeciendo análogas órdenes y tan preñados de imbecilidad como ellos, no vacilaban en derramar su sangre juvenil en holocausto de un monstruo, que no les reportaba otro beneficio que la esclavitud y la muerte. ¡Con qué regocijo lavaban sus mandatarios el aurífero metal en la sangre que manaba de las heridas de aquellos infelices!... A su vista estaban los grandes almacenes en que se pudrían miles y miles de toneladas de productos alimenticios y resistentes tejidos, mientras a sus puertas se morían de hambre y frío una infinidad de seres anémicos, en cuyos rostros estaba grabada la infamante huella de la miseria, y estos harapientos guiñapos arrastrábanse cobardemente a los pies de unos buitres que se decían representantes de un Dios creador y todopoderoso, el cual, de existir, nos veríamos, o mejor dicho, se verían los habitantes de aquella época, precisados a maldecirle, por consentir y crear tan espantosas iniquidades. Por entre las agrietadas peñas de una casucha hediendo, con más aspecto de una caverna que de vivienda humana, veía revolcados por el húmedo suelo, varios niños raquíticos y deformes, llenos de podre y de miseria, en los que la tisis y el escrofulismo ibanse enseñoreando. ¿Dónde estaban sus padres, que no les prodigaban los cuidados que la infancia requiere? En la fábrica, en el taller, en ese inmenso presidio, uncidos al yugo de la explotación para traerles la inmunda bazofia conque llenar sus infantiles estómagos.

Al ver tanta miseria de un lado, y una fastuosa opulencia del otro, y considerar que los culpables de tal desigualdad eran los que sufrían y se humillaban en vez de rebelarse ante la avaricia de los potentados, dijo:

Ya que no queréis construir un aparato con que elevaros al mundo de las águilas en que yo me encuentro, en el que no hay tiranos ni tiranizados, en el que se goza de amplia libertad, pudros en vuestros excrementos y en vuestra miseria, pues no sois dignos de otra cosa.

Y, como avergonzado de pertenecer a la misma raza, arrojó todo el lastre que contenía el globo; y empezó a subir con tanta rapidez, que en pocos momentos estuvo invisible a los ojos de los habitantes de la ciudad, los cuales continuaban diciendo:

¡Es el loco!... ¡Es el loco!...

PEDRO JUL

Infatigable el «Grupo de Investigación Pedagógica» en su labor cultural, ha preparado una importantísima conferencia para el sábado, día 16, a las nueve y media de la noche, que tendrá lugar en el Centro Obrero, Mercaders, 25, y que estará a cargo del doctor Marsal, quien desarrollará el tema: «Las enfermedades sexuales, causa de degeneración social». Será ilustrada con proyecciones.

Invitación cordial a todos.

ANTE EL VOLCAN

¡Contra la guerra y los tiburones intervencionistas, la revolución!

¡Y pensar que tratan de asesinar a la juventud española... No nos conformemos con el grito de ¡Abajo la guerra! ¡Viva la humanidad libre! ¡Viva la paz y la revolución social! ¡Viva la anarquía! No; cuando levantemos nuestra voz de protesta, de revolución y de paz, levantemos también nuestros brazos justicieros...

Miguel D'Lom

El periódico de Alejando Lerroux, y que también es órgano oficial del partido radical, en julio de 1909 aullaba muy fieramente, como los lobos hambrientos, contra los causantes de los crímenes de la guerra comercial de Marruecos, en sendos titulares a toda plana, como los siguientes:

«Abajo la guerra. La prensa catalanista y burguesa aprueba la guerra. El pueblo protesta contra el embarque de tropas. Las madres y esposas también protestan. Los radicales organizan mítins de protesta y manifestaciones, para impedir el sacrificio del pueblo soberano. Agitación en Barcelona y Cataluña. Sucesos graves en Madrid. Manifestaciones de protesta en Sabadell. Maura y Cierva dictadores contra los derechos individuales. Los draconianos. Dracon II. Los patrioteros. ¡Remember! Por la paz. Guerra a la guerra. A la guerra, respondamos con la revolución...»

Con estos y otros artículos antipatriotas, antiguerreros, antimilitaristas y terroríficos; excitando a la rebelión y a la revolución, llenaba sus columnas hace siete años contra el gobierno maurista, el que hoy ha cambiado ante la impresión excelsa y patriótica que le ha producido el discurso pronunciado por el fatídico y anatematizado universalmente, en Beranga en pro de la intervención de España en la matanza Europea, desde donde se felicitan sus lacayos por haber coincidido con su jefe guerrerista, olvidándose del ¡Maura no! porque ya puede ser el ¡Maura sí! con el que no solamente Lerroux podrá celebrar el triunfo de sus aspiraciones mortíferas, celebrando banquetes en honor de las víctimas de la guerra, como al que asistió el día 14 de junio de 1914, en Madrid, en contubernio con los ministros de la monarquía E. Dato, Echagüe, Ugarte y Presidentes del Congreso y del Senado, entre otros enemigos de la *república* y defensores del régimen actual, según aparece en la fotografía de los 19 parásitos, que tengo a la vista, en el banquete ofrecido por el Comité de la Exposición de Industrias Eléctricas de Barcelona, al gobierno conservador y a las masas de las Cámaras, por el apoyo obtenido de los *seis millones* de pesetas que les regalaron para que aquí se lo repartieran entre unos cuantos vividores y mangoneadores; sino que también podrá sacrificarse San Alejandro, y sin escrúpulo, por la patria, acompañando al ¡Maura no! en el gobierno nacional, a que ambos aspiran.

¿Con cuántas acciones de las minas del Rif habrá tapado Romanones la boca a este comerciante y político y a la vez, que se entrelece en perjuicio de los españoles que sufrimos las criminales consecuencias de este falso patriota y militarista, entusiasta de la hecatombe europea, baldón y deshonra de la justicia, del progreso y de la civilización?

¡Qué insulto para la humanidad, la justicia y la libertad, que decís defender!

¿Quiénes sois vosotros, inquisidores carniceros, para querernos llevar a la fuerza al matadero europeo, ampliando su matanza espantosa con los parias de este rincón llamado España, después de 27 meses de exterminio y salvajismo con que nos han horrorizado unos y otros?

¿No véis a los diez y seis millones de cadáveres sacrificados en beneficio de los comerciantes y terratenientes, con los veinte millones más inutilizados para el trabajo a que antes de la matanza patriótica se dedicaban en sus respectivas naciones, laborando por su engrandecimiento y prosperidad, y que hoy, por ir a defender la patria de sus verdugos y explotadores, se encuentran sin brazos ni piernas, además de los sesenta millones que se ven obligados a vestir de luto, sin contar otras pérdidas materiales de ciudades y campos arrasados, y que forman en conjunto noveinta y seis millones de víctimas, que están pidiendo a gritos un